

Reseña

Amorós Puente, Celia (2025). *Feminismo e imaginarios de la globalización*. Granada: Comares.

Tasia Aránguez

Recibido: 09/08/2025

Aceptado: 16/01/2025

En el libro “Feminismo e imaginarios de la globalización”, publicado en 2008, y reeditado en 2025, Celia Amorós analiza los feminicidios de Ciudad Juárez (México) como crímenes mafiosos que refuerzan el patriarcado. La autora disecciona con maestría las características del feminicidio, en riguroso cumplimiento de su lema “conceptualizar es politizar”, para visibilizar la violencia sexista. En la segunda parte del libro, Amorós examina la precariedad laboral femenina en el capitalismo global, especialmente en las maquilas mexicanas. El libro finaliza con un análisis del papel de las mujeres en la sociedad tecnológica actual, a partir de la obra de Donna Haraway.

Antes de proseguir la reseña de este libro, resulta imprescindible realizar una mención previa a su autora, puesto que la filósofa valenciana Celia Amorós es una de las grandes figuras históricas del feminismo español. Algunos de sus ensayos fundamentales son: “Hacia una crítica de la razón patriarcal” (1985), “Feminismo: igualdad y diferencia” (1994), “Tiempo de feminismo” (1997) y “La

Tasia Aránguez, Profesora Permanente Laboral. Departamento de Filosofía del Derecho. Universidad de Granada. ORCID: 0000-0002-2691-0622.

Cómo citar este artículo: Aránguez, Tasia (2026). Reseña: Amorós Puente, Celia (2025). *Feminismo e imaginarios de la globalización*. Granada: Comares. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 11(1), 2-9. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2026.11.1.12520>

gran diferencia y sus pequeñas consecuencias” (2004).

Como fundadora del “Seminario Permanente Feminismo e Ilustración” (1987), consolidó una escuela teórica de altura, una potente generación de discípulas que brillan individualmente entre los nombres de la filosofía feminista. Entre las integrantes de esta corriente se encuentran teóricas tan destacadas como Luisa Posada Kubissa, Rosa Cobo Bedía, Ana de Miguel, Alicia Puleo, Teresa López Pardina y Alicia Miyares. Mención aparte amerita Amelia Valcárcel, reconocida por Amorós como amiga y referente intelectual. Ambas llevaron a cabo una colaboración estrecha y complementaria en la fundación del feminismo filosófico. Valcárcel ha proseguido el liderazgo de la corriente y ha reconocido a Amorós como su maestra, describiéndola como “una de las mejores cabezas de la cultura española e hispánica”.

A lo largo de este trabajo encontramos menciones a estas teóricas, así como a otras figuras intelectuales contemporáneas, como Lidia Falcón o Rita Segato. Para Amorós, citar es una manera de construir alianzas, reconocer y apreciar. Es destacable el uso del apóstrofe, por ejemplo: “Ana de Miguel, teórica de los movimientos sociales” o “Alicia Puleo, estudiosa del imaginario libertino”. Sus palabras nos invitan a indagar más en el conocimiento de las ideas de sus discípulas.

Antes de entrar en el tema principal del libro, quiero exponer conceptos comunes del pensamiento de Amorós, que encontramos también en este libro. Podemos destacar los siguientes:

- Heterodesignaciones: discursos de los varones que definen qué son y cómo deben ser las mujeres (Amorós señala, “lo primero que dicen los

nuevos aspirantes al poder es que los actuales poderosos están equivocados en materia de mujeres”).

- **Idénticas:** en los discursos patriarcales, las mujeres son representadas como “idénticas”, un colectivo indiferenciado sin individualidad, opuesto a los varones, considerados “iguales” con rasgos distintivos. La ciudadanía y el contrato social se construyen sobre la individualidad y el reconocimiento entre iguales. La pornografía es la máxima expresión de la reducción de las mujeres a “idénticas”.
- **Nominalismo moderado:** esta postura epistemológica a la se adscribe Amorós, situada entre el nominalismo extremo (que solo reconoce individuos aislados, como “existe el caballo pero no la caballeidad”) y el realismo (que da primacía a abstracciones como “justicia”), propone que los fenómenos sociales, como el patriarcado, deben entenderse como un conjunto de prácticas interconectadas, sin caer en conspiraciones paranoicas ni en la casuística inconexa. Esto permite analizar el patriarcado como un sistema de dominación sin asumir una conspiración universal, pero reconociendo patrones estructurales.
- **Pactos patriarcales (fratrías):** el patriarcado se sustenta en pactos concretos entre varones que establecen una jerarquía donde las mujeres son subordinadas y tratadas como objetos de transacciones entre ellos. Estos pactos convierten la masculinidad en un sistema de prestigio, donde los varones se reconocen como iguales y las mujeres como “la otra”, justificando su control y acceso.
- **Imaginario libertino:** inspirado en el marqués de Sade, el imaginario libertino exalta la transgresión de normas sexuales. En este marco, las mujeres son objetos de deseo desechables, sacrificadas en rituales violentos para afirmar la libertad masculina. El libertino rechaza pactos

familiares o sociales, y su máxima es el derecho del varón al placer. La preferencia por víctimas inocentes, como niñas, refuerza la transgresión frente al padre simbólico, pagando un “tributo” con sangre femenina.

- Bon sens: En el pensamiento de Celia Amorós, el “bon sens” de Descartes, expuesto en el “Discurso del método”, representa la capacidad autónoma de juzgar, accesible a todos los seres racionales, incluidas las mujeres, sin necesidad de un bagaje cultural previo. Descartes desafía las jerarquías del saber heredado, proponiendo un sujeto universal que incluye a las mujeres como parte de la comunidad racional. Amorós expone que esta idea permitió a las mujeres pasar de las quejas a las vindicaciones, primero como sujetos del saber en la Ilustración y luego como ciudadanas en la Revolución Francesa. Para Amorós, el “bon sens” es clave en la emancipación femenina al fundamentar la igualdad epistemológica y política.

He de resaltar la erudición que exhibe la maestra Celia Amorós, pues en este ensayo, salpicado de sutiles referencias, trasluce un profundo conocimiento de la obra de Levi Strauss, el existencialismo sartreano, Kierkegaard, el pensamiento romántico y la filosofía ilustrada, entre otras corrientes.

En la primera parte, “El imaginario patriarcal en la era de la globalización”, Celia Amorós analiza los feminicidios de Ciudad Juárez como crímenes corporativos de un “Estado paralelo” mafioso, diferenciándolos de los asesinatos machistas individuales motivados por el resentimiento ante la autonomía femenina, como en España. Siguiendo su lema “conceptualizar es politizar”, subraya que “necesitamos estas distinciones, como los esquimales necesitan usar diecisiete formas para referirse a la nieve”, para visibilizar la violencia patriarcal. Amorós

integra aportaciones de Diana Russell, quien define el feminicidio como “el asesinato de mujeres por hombres por ser mujeres”, Marcela Lagarde, que lo considera un “crimen de Estado” por omisión, y Rita Segato, quien lo ve como rituales de confraternización masculina que refuerzan el dominio territorial, asemejándose al genocidio.

La reducción de las mujeres a “idénticas” en el imaginario pornográfico y libertino facilita su sacrificio en rituales violentos, perpetuando su indiscernibilidad. Las mujeres, especialmente las trabajadoras de las maquilas (jóvenes, mestizas, pobres), son vistas como “idénticas”, objetos genéricos desechables, opuestas a los “iguales” (hombres individuados en el poder). Las mujeres, como “idénticas”, son tratadas como un colectivo indistinto, sin rasgos individuales, reducidas a estereotipos. Este tratamiento serial, como explica Amorós, refleja la lógica patriarcal: las mujeres no son alter egos, sino objetos eróticos fungibles, como en el mito de Don Juan, que persigue la feminidad genérica sin detenerse en una mujer concreta. Las víctimas, seleccionadas por su perfil genérico, son torturadas, mutiladas y abandonadas en narcofosas, negándoseles incluso la sepultura. Esta negación las condena a la “indiscernibilidad”, reforzando su estatus de idénticas.

En definitiva, concluye Amorós, los feminicidios de Ciudad Juárez se diferencian de otros asesinatos patriarcales. Es su especificidad lo que posibilita esta escala de secuestros, violaciones y sacrificios de mujeres. Por tanto, estos crímenes no tienen la misma motivación que los asesinatos machistas que tienen lugar en España. En contextos como el español, de cierta igualdad entre los sexos, los asesinatos son producto del resentimiento masculino ante la autonomía femenina (por su éxito el trabajo o en los espacios públicos). Por eso suelen cometerse

cuando la mujer quiere separarse o reclama una mayor autonomía. Aunque en Ciudad Juárez también es importante el resentimiento hacia las mujeres, por salir de fiesta, por caminar solas por las calles, por ganar un salario trabajando, dicha causa no explica estos crímenes cometidos por grupos de hombres, que no se entenderían sin una referencia a la organización mafiosa sistemática.

En la segunda parte del libro, titulada “Las mujeres en el paradigma informacionista”, Amorós reflexiona sobre el trabajo femenino en el capitalismo global, caracterizado por el flujo de información y la desregulación financiera, que ha incrementado la precariedad laboral y el desarraigo. En zonas del planeta como Ciudad Juárez, se observa la mayor precarización del empleo femenino: las mujeres carecen de derechos laborales, son explotadas como trabajadoras de reserva, sujetas a jornadas elásticas.

Los Estados de bienestar se crearon sobre el modelo del salario familiar, que asumía la existencia de un varón proveedor y una esposa dependiente dedicada al hogar. En la globalización neoliberal, este modelo entra en crisis, dejando a las mujeres como “proveedoras frustradas” con salarios exigüos y penalizadas por el “impuesto reproductivo” o “efecto ratonera”. En las maquilas de Ciudad Juárez, las mujeres jóvenes (18-25 años) trabajan en la industria con las condiciones del trabajo doméstico: salarios por debajo de la ley, a destajo y en jornadas maratonianas. Al casarse o quedar embarazadas, pasan a trabajar para la empresa desde su casa, subcontratadas. A diferencia de los hombres, las mujeres no pueden esgrimir su labor como madres para acceder a un “salario familiar” digno que les permita ser proveedoras, sino que ellas son penalizadas por asumir roles de madre y sostén económico. La precariedad de su trabajo tampoco les otorga capacidad de negociación intrafamiliar. Las trabajadoras son vistas como

"genéricas, invisibles, sustituibles", y la desaparición de estas mujeres en los asesinatos de Ciudad Juárez refleja la indiferencia institucional ante sus vidas.

En los últimos capítulos del libro, Celia Amorós explora la obra de Donna Haraway para analizar el lugar de las mujeres en la sociedad tecnológica. Haraway propone una ontología sucia que difumina las fronteras entre humano/animal, orgánico/máquina, celebrando identidades no canónicas como los sujetos queer, multiculturales o los enfermos de sida. La propuesta más remarcable de Haraway es el "conocimiento situado", que requiere identificar la posición desde la que se produce el saber científico. Este enfoque, opuesto al sujeto universal de Rousseau, insiste en que el conocimiento debe ser localizado, reconociendo quién lo produce, desde dónde, y para quién, lo que contrasta con la objetividad tradicional de la ciencia. Haraway aboga por una comunidad político-científica donde las prioridades de investigación sean definidas por diversos actores, no solo por la industria, y una visibilización de los invisibles. La autora resalta la importancia de la perspectiva de los "monstruos" (los marginados) para alcanzar un conocimiento ético. En definitiva, cuestiona los paradigmas sexistas y racistas de la ciencia, revestidos de falso universalismo, y propone una ciencia mestiza.

Donna Haraway critica el uso excesivo de la "experiencia de las mujeres" en el feminismo académico, argumentando que su homogeneización puede limitar el alcance del feminismo. La propuesta de Haraway es que las mujeres se integren en coaliciones prácticas que unan a los marginados en una acción política colectiva, superando jerarquías patriarcales y promoviendo una ciencia ética y comprometida. Al abogar por coaliciones en lugar de identidades fijas, busca construir una ciencia feminista que trascienda categorías rígidas, fomentando la

solidaridad entre grupos diversos como mujeres, minorías raciales e identidades queer, para desafiar las exclusiones sistémicas y crear un conocimiento situado e inclusivo que evite el universalismo y el esencialismo patriarcal.

Amorós coincide en la crítica de Haraway a la insuficiente universalidad de autores como Rousseau, que tildaba cualquier posición colectiva de “identidad facciosa” y excluía a las mujeres del espacio cívico. Sin embargo, en este punto, aunque en el libro Amorós no realice una crítica expresa a la teoría de Haraway, podemos recurrir al concepto de “alianzas ruinosas”, por ser una noción clave en el pensamiento de Celia Amorós. Las “alianzas ruinosas” son las asociaciones históricas de los movimientos de mujeres con otras causas (como la revolución francesa, el liberalismo, la abolición de la esclavitud o el socialismo) que no fueron recíprocas, dado que los militantes de dichos movimientos traicionaron a las mujeres y las dejaron sin avances en sus propias luchas. En el enfoque de Haraway, al priorizar coaliciones transgresoras que abarcan múltiples identidades, existe el peligro de que las demandas específicas de las mujeres, como la erradicación de la violencia patriarcal o la desigualdad laboral, queden subordinadas a agendas, presuntamente más inclusivas, que desplazan nuestras necesidades. Además, la propuesta de Haraway de un conocimiento situado y la crítica al uso excesivo de la “experiencia de las mujeres” podrían debilitar la capacidad del feminismo para articular una narrativa cohesiva que combata las estructuras patriarcales de manera directa. Al centrarse en identidades mestizas, Haraway podría inadvertidamente fragmentar la lucha feminista, dificultando la formación de un sujeto unificado contra el patriarcado. Por último, el énfasis de Haraway en lo queer y lo cyborg, que difumina las fronteras entre humano, animal y máquina, podría desviar la atención de las realidades materiales de opresión específicas de las mujeres, como las condiciones laborales en las

maquillas descritas por Amorós.

Para concluir esta reseña, quiero destacar que la obra de Celia Amorós es un legado fundamental que las feministas debemos cuidar para que las aportaciones de la generación anterior no se pierdan, un riesgo constante debido a su exclusión de la filosofía feminista educación formal. Sin este conocimiento, cada nueva generación pierde años redescubriendo teorías ya construidas, retrasando la consolidación de un corpus feminista robusto. Mantener vivo el pensamiento de Amorós y sus brillantes discípulas también es crucial para que las académicas superemos lo que Celia Amorós denomina “investidura incompleta”, ese poder vacilante y dependiente del refrendo masculino, que no se transmite entre mujeres. Transmitir y continuar el pensamiento de Amorós es una importante tarea.